

# LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

*Año X*

*Barcelona, 5 de Octubre de 1899*

*Núm. 463*



*Sensitiva.*

*Reutlinger.*



## ¿Va usted muy lejos, señor?

La despedida fué tierna, aunque breve; acompañaron todos á Jorge hasta el desfiladero, de garganta angosta, selvática, único punto por donde se salía del valle, y se iniciaba la sierra que iba á perderse, ganando las lejanías dilatadas y esplendorosas, en los acantilados del mar. Eran allí más intrincados y espesos los arberos, y formaban laberinto de matorrales los tojos y las retamas, como si la naturaleza, agreste, hoscosa, salvaje, quisiera disputar el paso á los humanos para proteger el cubil donde daba cobijo á las alimañas y reptiles.

Abrazó Levia amorosamente á los niños y se entretuvo un poco más en las caricias á Toña, de quien no se persuadía á deshacerse, prodigándole los más dulces extremos y las palabras más pintorescas del repertorio paternal:

—Adiós, princesa, hijuca mía, sultana: *Jogé* te traerá un elefante *mu gande, mu* alto, que te suba *pol* montañas allá arriba, arriba, donde tiene su palacio la reina Hilda, de *cabelos* rubios; te traerá un vestidito de oro y de piedras preciosas; te traerá el sol y las estrellas, si tú los quieres. Adiós, alma mía: *pae* es feo, *mae* es fea; á ti no te quiere nadie más que tu *Joge*, adiós.

Y le regaló un beso ruidoso, vehemente, interminable, dejando después á la encantadora criatura en brazos de Petra, que se enjugaba las lágrimas con la punta del delantal. Añadió, dando otro ósculo y unos golpecitos suaves á Perucho:

—A ti, un caballo y un vestido de general, para que persigas á tu ejército de sabandijas y saltamontes.

Sintiéndose conmovido, y á punto de que se le arrasaran en lágrimas los ojos, hizo un esfuerzo soberano y cortó la escena.

—Ea, quedad con Dios.

Alargó la mano á Petra, quien, sin poder reprimir el impulso, la llenó de besos; la emoción, que pugnaba por subir á la garganta convertida en sollozos, no le dejaba pronun-

ciar frase alguna.

El baile Antón Rodríguez, que se había brindado á officiar de espolique, continuó el camino con él, acompañándole hasta el primer villorrio, Celejuna, por donde pasaba la carretera real, sitio en que tomaría Levia la diligencia que conduce á Oliva, prosiguiendo desde este pueblo su viaje en ferrocarril, hasta dar con sus huesos en Valdehumbroso.

El tránsito, que era corto, legua y media por camino de herradura, hizose apaciblemente, en silencio primero, en animada plática después. Jorge iba pasando revista á sus emociones, desde el día en que llegó al Azul, cansado, maltrecho, herido en todas sus fibras, como cuerpo miserable á quien sólo el instinto poderoso da ánimos para vivir. A lo último añadió:

—Tú tienes la dicha en casa, Antón; y te advierto que es Deidad que no aguanta pulgas, para que me entiendas bien. No quiere que le anden con



—¡ Si pensará en mí !





LUCIE GERARD.

*Reutlinger.*



## LA SAETA

arrancasiegas, y de los mohines sólo le agradan los arrumacos; las quisquillas le aburren, y cuando ve que no le agradecen sus dones ni le rinden pleito homenaje, acaba por desertar, dejando tras de sí toda una cohorte de lacerias. Con eso, tú harás lo que te plazca; pero te digo que si la dicha se va una vez, cuesta mucho trabajo conseguir su perdón. Es tu mujer buena, honrada y hacendosa; ha querido hasta ahora á tus hijos por ser hijos tuyos, y entiende, por tanto, si te quería, y ahora les quiere por ser hijos suyos también: esta manera de amar yo se la he enseñado sin erigirme en maestro, y no lo retraigo para que me lo agradezcas, sinó para hacerte presente que quien con tanta nobleza obra no puede ocasionarte ningún mal. Sois Petra y tú de aparejada condición, y éramos Petra y yo difíciles de aparear: nó porque el amor repare en diferencias de castas, estados ni posiciones, que fuera para él reparar en pelillos, sinó porque no casa voluntades, no las une ni compenetra donde nó hay afinidad de almas, armonia de gustos, delicadezas iguales, en fin: cuando la cópula de dos seres se verifica sin estos mandatos de la naturaleza, no es amor quien interviene en el maridaje, y lo que se padece sólo es una inflamación efímera de los sentidos. No me hago yo más bueno ni peor que otro hombre; pero si te digo que no ando nunca á la que salta, y menos aún en ocasiones como ésta, en que resultarían, por un liviano gusto, torpemente agradecidas las mercedes. En suma: yo quiero y adoro á tus hijos, y amándolos como si fuesen cosa mía, no puedo echar sobre ellos estigma ni baldón alguno. Sus hijos son de buena casta y de sana semilla; alegres, dulces, candorosos: procura que cuando crezcan no hallen en su casa ejemplos de tristezas, de tribulaciones y de desafectos, para que no se entibien en sus almas el cariño á los autores de sus días y el respeto filial. Cuando pasen los años y la nieve de la edad apague tus goces y tus vehemencias juveniles, retoñará la ternura en tu pecho viéndote agasajado por los hijos de tus hijos, y de este modo la dicha no saldrá nunca de tu hogar tranquilo, renovando en él con próspera mano sus perennes dones. Conque no seas bruto, Antón, no seas bruto.

El *Baile*, que habia empezado á oír entre torvo y compungido, escuchaba á la postre la lección con un palmo de boca abierta.

—¡Lo que sabia el señorito!

Y le parecía que todo aquello era verdad, que hablaba Jorge como el evangelio. Al despedirse, poco antes de tomar asiento en la berlina de la diligencia, concluyó así Jorge:

—Mira, Antón; voy á Valdehumbroso, si las cosas siguen el camino que yo deseo, á casarme: probablemente, no tendré hijos. Si cumples mis encargos, volveré á haceros una visita acompañado de mi mujer, y si no te duele, prohijaremos ó apadrinaremos á Toña. No es esto indicarte que piense comprártela y quitártela, nó: sólo deseo que ella crezca pensando en mí, queriéndome; intervenir en su existencia; dotarla cuando se case; verla, en resolución, señorita de estos campos, acatada y reverenciada en todas estas lindes por su gracia y su donosura, reina Hilda de sus montañas, para que recuerde sonriendo, durante la lozana juventud, las cándidas imágenes de su niñez convertidas en presentes venturosos por la diosa Realidad.

\* \* \*

Estaba obscuro el andén; era en Oliva la estación férrea, barracón de madera alumbrado por menguado farolillo de aceite; detrás, el pueblo parecía dormido; como no iluminaba la luna el horizonte, las casas dibujaban en la penumbra, en la opacidad de una noche de otoño, no sé qué mancha borrosa. A lo lejos, hacia el lado del mar, se perdía, diluyéndose en misteriosas tintas, el panorama... Paseábanse tres ó cuatro personas aguardando el tren descendente: un labriego arrollado en su manta; un hombre alto, escuálido, con bufanda al cuello, vestido de negro, y un cura. Todo era triste, tétrico, silencioso. Allá en un ángulo, sentada sobre tosco maderamen, habia una mujer; su figura borrosa destacábase del fondo del cuadro, nó por su gallardía y gentileza, nó por el lineamento de formas, sinó porque era mujer. A esto se debía que Jorge Levia — el espíritu inquieto, el temperamento nervioso, la fantasía exaltada de siempre — la rondase. Acababa de abandonar la diligencia; habia dejado el maletín sobre un banco, después de facturar el baúl mundo. La mujer continuaba quieta, inmóvil, como adormilada...

Se oyó un silbido agudo, estridente; el andén recobró no sé qué apagada animación; las figuras se movieron, acercándose á la vía; en el recodo apareció el farolillo verde del guarda agujas; más cerca, el farolillo encarnado del mozo; destacóse del cuadro de una puerta el busto obeso del jefe de estación, enfundado en su capote gris y la solapa levantada; oyóse trepidar al monstruo de hierro, y se llenó á poco aquel espacio apacible de luz y de ruido. Los pasajeros que aguardaban se acomodaron en sus coches respectivos: Levia tomó asiento en uno de primera, y no habia hecho más que colocar su maletín, de espaldas al estribo, cuando oyó una voz fresca, dulce, la de aquella mujer á quien habia visto dormir en el ángulo del barracón, que le preguntaba:

—¿Va usted muy lejos, señor?

J. F. LUJÁN





### Palabras...

no perdidas.

Permitan seme una ó dos ó tres palabras más acerca de Dreyfus.

Para mí la cosa ha concluido como había empezado; esto es, para mi conciencia de observador, para mi conciencia de artista estudioso.

Las cartas de Dreyfus, en que se revelaba el hombre íntimo, me determinaron, sin otros antecedentes, sin inmiscuirme en averiguaciones judiciales, á pronunciarme por la inocencia del Hombre. Sus palabras, lo que los juristas pseudo psicólogos inhábiles *tacharán*, diciendo que es locuacidad nerviosa, sus palabras últimas constituyen la prueba de que no me había equivocado yo en mis apreciaciones cuando nadie tronaba aún contra el tremendo sacrificio.

Sus frases tienen el acento, más, el perfume de aquellas protestas no declaradas á la faz del público. Ha hablado en el mismo tono; en el tono de un mártir que se queja, como si hablase para sí, como si no le oyeran desde afuera, y que no acusa.

Cosa rara: entonces no contaba Dreyfus con que le escuchasen otros oídos que los de la mujer amorosa: ahora sí; ahora sabía que su palabra repercute, no sólo en los oídos de sus conciudadanos, pero también en los oídos de la humanidad: y sin embargo, Dreyfus habla como antes, como si continuase sincerándose ante el único sér que tiene derecho en esta vida á saber si es hombre honrado ó si es criminal: porque digan lo que quieran todos los romanticismos, en la realidad, no hay cosa más terrible que perder el crédito y la estima de la mujer que lleva nuestro nombre, que es madre de nuestros hijos, amada ó nó.

Por aquel tiempo, martirizado Dreyfus en la isla abominable, no tenían sus confidencias acentos de reproche, de ira, de acusación, ni

irritos y furiosos alardes de venganza; su lenguaje era tierno, quejumbroso, dulce; anhelaba el olvido de las gentes; las dulzuras de una paz gozada donde no llegaran las ruindades de los hombres, donde él pudiese concluir anegado en el amor de su esposa creyente y de sus hijos respetuosos... Pues lo mismo que entonces, ahora quiere paz, olvido: no abusa de su triunfo: no

se acuerda de que Europa, América, han puesto los ojos en él, y pide como pedía entonces, con la propia entonación, con igual poesía, el olvido, la paz, la quietud... Desea que le olviden, que le dejen aspirar el único aroma grato á su alma, el de la familia.

Dreyfus es consecuente. Su inocencia es incontrovertible. Si Dreyfus fuera culpable, y favorecido por pasiones políticas, y aun, permitaseme, por conveniencias diplomáticas, representara el papel de víctima, de mártir, de héroe, su lenguaje sería otro: veríase en sus declaraciones al hombre envalentonado, engreído, que aprovecha el momento decisivo de su efímera glorificación; pero nó, no hay tal: sus frases son de concordia, nó de reto; de perdón, no de odio. Dreyfus culpable, criminal, huiría de su pueblo, y Dreyfus, inocente, no sale de su patria para que no caigan contra ella los aplausos de la humanidad, y eso aun exponiéndose á que los patriotas levanten el brazo, armado por el fanatismo, para herirle...

Dreyfus fué condenado injustamente; y si aceptó la gracia de indulto es como transacción, como armisticio, porque no tiene ya fuerzas para seguir preso, privado de su familia. Ha alcanzado el triunfo que él deseaba, según sus cartas íntimas, según sus declaraciones últimas, dentro de su hogar: para su mujer; para sus hijos. Y esto le basta á él; pero no nos basta á nosotros, á los humanos.

Dije, y repito que no se trata de la persona: en este pleito está interesada la justicia universal.

CLAK





En la hamaca.

## La tabaquera

Por asuntos que maldito lo que interesan á los lectores, me vi precisado, hace algún tiempo, á pasar unas cuantas semanas en Miguelturra, población inmediata á Ciudad Real: tan inmediata; cómo que sólo la separa de la capital de la provincia un trozo de carretera que se recorre á pie en pocos minutos y otro de vía férrea que salva la locomotora en mucho menos tiempo.

Hice allí amistad con un buen hombre, á quien llamaré Anselmo Rodríguez; alto, recio de complexión, rayano en los sesenta inviernos, de carácter franco y desprendido y amigo de amenizar la conversación con historietas y recuerdos del tiempo pasado que, dicho sea entre paréntesis, no le parecía mejor ni peor que el presente, en cuyo punto estábamos de completo acuerdo.

Con frecuencia salíamos ambos á pasear por la carretera, y generalmente le dejaba llevar la palabra, no sólo por consideración á su edad, sino porque siempre me ha gustado más aprender que enseñar, observar que ser observado, oír que hablar.

Don Anselmo hablaba largo y tendido, interrumpiéndose solamente, de vez en cuando, para sorber una enorme pulgarada de rapé que sacaba de una tabaquera ordinaria, todo lo más ordinario y más prosaico y más anticuado que imaginarse pueda.

Cuando verificaba dicha operación, no dejaba nunca de dirigir una mirada cariñosa á aquel vulgar adminículo, lo cerraba cuidadosamente, se lo guardaba con la mayor precaución, y hasta otra.

Una vez que se le cayó al suelo, le vi palidecer; bajóse rápidamente, la examinó con detención y cuando se hubo cerciorado de que no había sufrido detrimento alguno, exhaló un suspiro de satisfacción.

Esto no me habría causado extrañeza tratándose de un avaro; pero ya he dicho que Fernández no lo era. Supuse, pues, que el cariño que demostraba por objeto tan baladí debía reconocer algún motivo oculto y le interrogué discretamente sobre ello.

No se hizo rogar para darme amplias explicaciones.

A las primeras de cambio, se sonrió y dijo:

—Comprendo que le ha sorprendido á usted el cariño que demuestro por una cosa de ningún valor, pues en realidad no lo tiene; sin embargo, pronto desaparecerá su sorpresa. Sepa usted que esta tabaquera ha salvado la vida á un hombre.

Y como yo le mirara con aire incrédulo, menos porque no diese crédito á sus palabras que por incitarle á ser del todo explícito, continuó:

—No crea usted que exagero. Vov á referir el caso y así se convencerá de que no he dicho sino el Evangelio.

Cogió la tabaquera entre el pulgar y el índice de la mano derecha, y mostrándomela dijo:

—Este chisme me costó tres ó cuatro reales en la feria de la virgen del Prado, que se celebra todos los años en Ciudad Real. Lo compré porque me había dejado aquí las dos ó tres tabaqueras buenas que poseo y no quise privarme de satisfacer el vicio hasta volver á casa, ni desperdiciar el rapé llevándolo en el bolsillo.

Cuando decidí regresar á Miguelturra, como la mañana estaba hermosa y yo soy andariego, emprendí á pie el camino por esta misma carretera en que nos encontramos.

Había pasado en Ciudad Real tres ó cuatro días, al cabo de los cuales, me levanté con el alba, y según acabo de decir, emprendí el regreso á mi hogar.

Sólo de trecho en trecho, interrumpía mi mar-



cha para proporcionarme el placer de tomarme un polvo con todo descanso, y al mismo tiempo dirigía maquinalmente la vista en torno mío.

Una de las veces que verifiqué esta operación, un espectáculo aterrador heló la sangre en mis venas.

A cierta distancia de mí y medio oculto entre unos matorrales, un hombre, vuelto de espaldas hacia donde yo estaba, se disponía á levantarse la tapa de los sesos con un revólver.

Un segundo más y ya no había remedio.

Tuve una feliz inspiración.

Lancé con fuerza la tabaquera y mi ojo fué tan certero, que aquella dió en el cañón del arma y lo desvió lo suficiente para que se perdiese en el es-

pacio la bala que debía cortar el hilo de una existencia.

Pocos momentos después y antes que el joven, porque un joven era, se recobrase de su sorpresa y pudiera pensar en reincidir, estaba yo á su lado, le desarmaba é invitábale á contarme las causas que le habían impulsado á adoptar tan fatal resolución.

¡Aun me conmuevo al recuerdo de la historia de desdichas que oí de aquellos labios! ¡Mentira parece que la suerte se encarnice tanto contra un hombre honrado, activo, inteligente, pues todas estas condiciones reunía el que yo acababa de salvar.

Le di ánimos; le hice jurar que no insistiría en



MARÍA SEGAULT, en la obra *Cirano di Bergerac*.



## LA SAETA

su propósito y, por de pronto, le llevé á mi casa é hice que se le atendiera como con urgencia necesitaba, pues hacía cuarenta y ocho horas que no había tomado alimento alguno.

Cuando le vi más tranquilo, hablamos detenidamente: acabé de convencerme de que había tropezado con una persona de corazón y de inteligencia, que sólo en un momento de desesperación se había obcecado hasta el punto de atentar contra sus días, y resolví llevar mi protección más adelante.

Primero le di colocación en mi casa; luego le asocié á mis empresas agrícolas y hoy... hoy, se lo digo á usted á condición de que jamás aluda en su presencia á lo que he referido; hoy es el padre de mis nietos, pues le di en matrimonio á mi hija mayor, que es, á su lado, la más feliz de las mujeres.

¿Comprende usted ya el inapreciable valor que tiene para mí esta vulgar tabaquera?»

BLAS QUITO



*Stebbing.*

Por darle al público gusto  
nada lo encuentro yo raro;  
porque mis oídos oyen  
con gran gusto los aplausos.





Estatua animada.

*Esplugas.*

### Anécdotas

Un inglés, individuo de la cámara de los Comunes, cuya ambición era insaciable, iba un día á tomar la palabra contra el ministerio.

—¿Qué vas á hacer? exclamó uno que estaba junto á él: ¿no tienes ya colocados á tus seis hijos?

—Sí, contesto el primero, pero tengo á mi mujer embarazada.

—

Tenía Felipe II á su servicio al doctor Morata, hombre gracioso, tenido injustamente por loco.

Díjole un día S. M.:

—Morata, quiero casarte; piensa en ello.

—¿En dónde, señor? preguntó el médico.

—En Madrid.

—No me conviene.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo á V. M. por hombre recatado y entendido, y puesto que V. M. se ha ido á casar á Inglaterra, Alemania, Francia y Portugal, algo debe saber de las mujeres de Madrid.

—

En el sitio de Puigcerdá, perdió el marqués de Rivarol una pierna, que le llevó una bala de cañon; dos años después, otra bala le rompió la pierna, de madera que había sustituido á la natural.

—Esta vez, dijo al instante el marqués, se ha llevado chasco el enemigo, porque traigo otra pierna en mi maleta.

## Cañitas

I

Oye, no la hagas llorar  
que te ama con toda el alma:  
mira tú que siendo buena  
la obligarás á ser mala...!

II

A mi serrana un secreto  
le confíe la otra tarde  
y por la noche decía:  
—Me han dicho, no sé en qué parte!

III

En mi fantasía ví  
que pesaban las palabras.  
¡Ni una sola de mujer  
hizo inclinar la balanza...!

IV

No pienses nunca humillar  
á la mujer que tú quieras.  
¡Ten en cuenta que se cambian  
los zapatos cuando aprietan...!

V

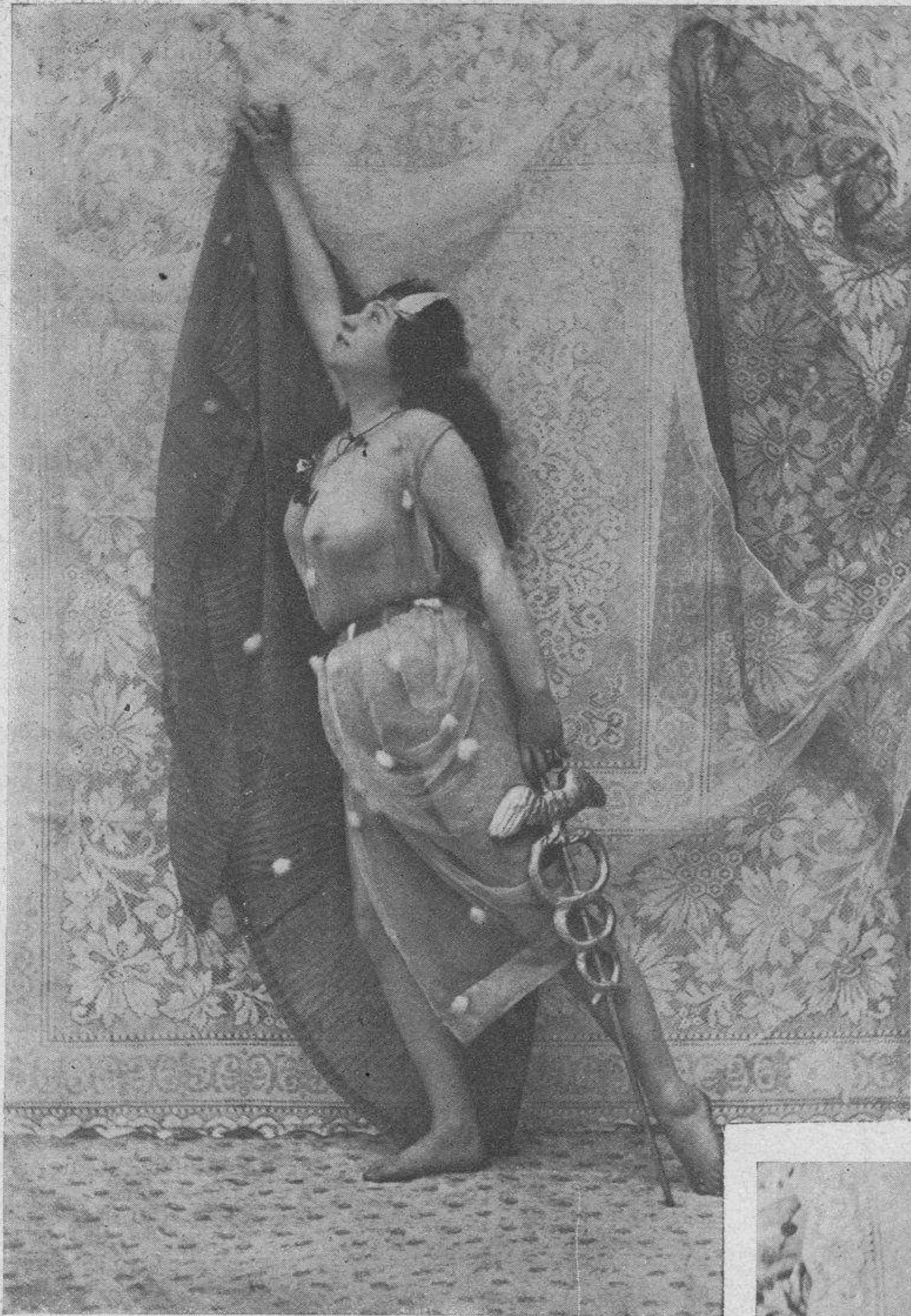
Soy igual que el arbolito  
cuando le cortan las ramas:  
á todos parece seco  
y tienen en el fondo sávia...

VI

¡Virgen santa del Milagro  
Haz que nos veamos pronto  
los dos en un mismo marco...!

J ENRIQUE DOTRES





### El orgullo vencido

Se apercibe Mercurio furioso á la pelea,  
y en su orgullo se atreve hasta á retar al sol.  
— Yo quiero,—dice airado, que el mundo entero vea  
mi brillo superior.

Aunque de paz es signo mi hermoso caduceo  
la guerra te declaro, pues que mi resplandor  
es hermoso y tan dulce como puro deseo:  
yo soy mejor que el sol.

La tierra enamorada me mira encantadora,  
yo soy de los mortales el signo más feliz;  
el alma de poeta en la noche me adora,  
de rodillas á mí.

Por algo á mí los dioses siempre me colocaron  
en sitio distinguido; por eso, el sol á mí



se acerca más que á todos los astros que crearon:  
por verme á mí lucir.

La luna por sus fases á mí se me parece,  
yo como la gran Venus, también suelo brillar,  
en la mañana clara y siempre que anochece  
me pueden admirar.

Tal afirmó Mercurio queriendo alzar su vuelo,  
y entonces desdeñoso lució su faz el sol,  
y vióse al orgulloso tendido por el suelo  
al ver su resplandor.

¡Cuántos como Mercurio se ven en este mundo,  
que alzarse sobre el genio pretenden una vez;  
y acaban para siempre cayendo en lo profundo  
besándole los pies!

ARMANDO BRONCAS



## El Cielo gris

## I

Luis se hallaba asomado al balcón de su casa en la *rue Valette*. El día se presentaba brumoso y triste, como todos los de París en aquella época del año.

Infundíale respeto el barrio. La severidad de los edificios dedicados á la ciencia y su enseñanza, y el aspecto grave y pensador de los que habitualmente transitaban por sus calles, le llenaba el alma de frío. Había entrado en la capital conservando aún fresco el recuerdo de su alegre provincia del Mediodía, impresionada su retina del brillante colorido de los prados de su pueblo, y le asustaba verse allí, en una calle muerta, sólo animada breves momentos de una manera triste, monotonía.

Sin embargo, diríase que dos veces al día, aquel rincón se animaba y que el sol lucía con más fuerza, semejándose á *su sol*, al que dejó *allá abajo*; creía también percibir el olor campestre de sus lindes; y era cuando veía aquella italianita que siempre pasaba á las mismas horas. Por la mañana bien temprano, con su trajecillo de cien colores, la pandereta debajo del brazo y su andar voluptuoso: atravesaba la *rue des Ecoles*, y por delante de la escuela Politécnica y de la de Derecho, pasaba al jardín del Luxemburgo é iba á perderse más allá de la estación, si no bajaba hacia el cementerio Mont-parnase.

Por las noches, volvía á presentarse cansada, mustia, con los brazos pendientes á lo largo del cuerpo. Había trabajado durante todo el día, había recorrido á pie los *boulevards* exteriores y las fortificaciones; había llegado hasta Boulogne y Saint-Cloud buscando sitio y público donde cantar y bailar.

Luis la amaba; ¡era tan gentil, tan airosa! Habíala seguido en su peregrinación á través de calles y paseos, había formado parte del público *sui-generis*, que asistió á las representaciones al aire libre, y al pasar ella su pandereta en demanda de limosna, había él depositado tímidamente su óbolo.

Al fin supo su historia, había venido á París con su padre, emigrado de Italia por cuestiones políticas, y muerto á poco de llegar. Le contaba la negra pesadumbre de encontrarse sola, viéndose obligada á mendigar por esos mundos. ¿Amaba? ¡Oh, nó! no amaba á nadie; despreciaba á sus adoradores, ¡era tan desgraciada que no quería pensar en cosas bonitas!

## II

Estaba resuelto, la hablaría de su cariño, le ofrecería su alma de poeta. Ella alegre y él soñador, ¡qué vida más deliciosa! Ya no tendría la pobre que cantar ni divertir á las multitudes; trabajaría él para los dos, puesto que tenía medios y le sobraban voluntad y alientos para la lucha.

Así como así, estaba á punto de ceder á los halagos de cualquiera. El vicio le llamaba con los brazos abiertos; bien se veía que empezaba á sentir la misteriosa influencia del lujo y la seducción: las telas vistosas, las alhajas, los coches y teatros, todo, todo podría ser para ella, en cuanto quisiera: no tenía más que abrir la boca para ver cumplido su antojo; aquel suplicio de Tántalo era superior á sus fuerzas.

## III

Y así fué la cosa, ella cedió, cayó en los brazos de Luis, como hubiera podido hacerlo en los de cualquier otro, que al propio tiempo que caricias y halagos, hubiérala proporcionado bienestar y tranquilidad. ¡Era tan dulce el no tener que pedir limosna!

La felicidad entró con ellos en su casa, allá en un último piso de solitaria calle; casita pobre, pero alegre, como merecían sus almas fervientes; oíanse todo el día risas y canciones.

Abandonaba Luis temprano su casa para ir á instalarse tras el escritorio, estrechísimo campo para su imaginación de poeta, mezquino espacio para su alma soñadora. El quería ganar dinero, ¡oh eso sí! pero no como ruedecilla de aquella gran máquina industrial á que por fuerza veíase condenado; quería hacerse rico con sus versos, con sus libros; ¡sería tan dulce, pero tan dulce aquella existencia que soñaba!

Durante el día, ella, Lina, quedaba sola, sola con sus flores y su cielo. La calle no la veía desde la ventana, pero ¿qué le importaba? Bastábanle la luz, el aire, el olorillo campestre de los jardines próximos... no quería más; las calles odiábalas, hartó había andado por ellas, cuando tenía que ir mendigando de puerta en puerta y bailando de plaza en plaza.

Luis confiaba ciegamente en lo porvenir; porvenir alegre, risueño, rico en fortuna, pródigo en gloria. No lo dudaba, estaba tan llena su alma de sentimientos buenos, de pasiones nobles, y tanto empeño había puesto en que sus intimidades aparecieran fielmente retratadas en sus poesías, que no dudaba que el público, el verdadero amante del arte, sabría sentir y llorar con él.

## IV

Cuando llegó el invierno, Lina dejó de ver el cielo azul; sólo descubría desde su ventana un manchón gris, inmenso, densísimo; la lluvia azotaba constantemente sus cristales, y acortándose los días, se acortaban las horas de luz. Las flores se habían secado, y la desolación de sus tiestos y macetas aumentaban su tristeza y su angustia. Sintió horror á la soledad de su vida, cansancio tedioso durante las largas y aburridas horas de espera (pues Luis no regresaba, por sujetarle al otro extremo de la ciudad su empleo, hasta muy entrada la noche) y asco de seguir en aquella quietud pasiva, monotonía... Aquello no era para su carácter; si había resistido hasta entonces fué por la novedad, por salir de su misérrima y vagabunda condición, y sobre todo, porque el cielo era azul y había flores en la casa. Las primeras ráfagas y las primeras nubes de la estación dura, entenebreciendo el cielo y agostando los capullos, apagaron á la par su entusiasmo, su fiebre de ternura y de cariño... Nada le



¿Quieren algunas?



retenía ya en el hogar de su amante; nada le obligaba á permanecer dentro de aquella mezquina y estrecha jaula, cuyas prisiones no doraban ahora ni el sol de arriba ni el sol de dentro; ni la primavera de la tierra ni la primavera del amor. Se habían evaporado todo los perfumes...

Una tarde, salió á la calle, llegó al *voulevard* y sus ojos se animaron; su sér se estremeció deliciosamente y su corazón batió alegre y rejuvenecido.

Aquella noche al volver Luis á su casa no encontró á Lina. Lo comprendió todo, y lloró.

## V

El brillante resplandor de las luces del pórtico, y el candencioso ritmo de la música detuvieron á Luis frente á la puerta del teatro.

Era noche calurosa de estío. Luis paseaba solo; desde que se le marchó Lina su existencia era triste, lúgubre; en vano había intentado durante aquellos dos años de separación borrar la imagen seductora dentro de su alma: imposible destruir aquel recuerdo de la dicha perdida que se aferraba tenaz en su pensamiento; parecía que había de volver al nido, y la esperaba todas las noches con inquietud febril.

Seguía parado frente á la puerta del teatro, como si una fuerza irresistible le retuviera allí. Maquinalmente compró la entrada y pasó adelante. Lo primero que descubrieron sus ojos atónitos fué la visión soñada de Lina que acababa de aparecer en el escenario. Era una de las artistas de aquel *café-concert*.

Desde la butaca contemplábala, absorto, con un sentimiento extraño, indefinible, entre dulce y amargo.

Veía revivir en su memoria á la italianita, pasando al principio por delante de sus balcones con la pandereta bajo el brazo y el andar lijero; después á Lina entregada, amorosa, ardiente: y estas dos imágenes se confundían en su cerebro hasta el punto de hacerle olvidar al sér real que tenía delante, á la pérfida, á la ingrata.

Los aplausos le despertaron de su embeleso. Sintió una torcedura horrible, horrible: era á ella, á su Lina, á quien la gente festejaba, y era ella la que correspondía á sus favores, otorgando otros de artista con nuevos cantos y repetidos bailes.

Cuando acabó aquel número del programa, Luis salió á la calle, y se situó frente á la puerta de los artistas.

Quería verla, hablarla, ver si guardaba en su corazón algo del afecto que les había unido, algún rescoldo de la pasión abrasadora.

Lina, salió; ya no era aquella muchachilla de cara alegre y andar lijero: era toda una mujer; se había transformado; estaba muy hermosa, é iba elegantemente ataviada; salía sola. Luis la detuvo:

—¡Lina!

—¿Eres tú, Luis?

—Yo mismo. ¿Creíste no volver á verme? ¿Lo sientes?

No, eso no; se alegraba mucho, le había querido, le seguía queriendo aún. Hablaron. Luis sobre todo, charlaba atropelladamente, queriendo contarle á un tiempo todos sus sufrimientos, sus esperanzas, sus angustias: dirigíale duros reproches y á la par le hablaba con acento mimoso y dulce.

¡Habrían sido tan felices! El ya tenía un puesto en el mundo de las letras; ganaba dinero, y todo, todo hubiera sido para ella ¡le había causado tanta pena! ¡la quería tanto!



Después del chubasco.

Reutlinger.



## LA SAETA

Ella le oía, y á veces le replicaba. Oh, sí; también ella le amó y hubiera seguido fiel y rendida á su lado, pero era tan triste aquella casa, aquel cielo gris era tan insoportable! Le mataba la soledad; le ahogaba el ambiente... No era mala, nó, y ahora iba á probárselo: ¿qué quería? ¿á ella? pues la tendría; ¿cuándo? ahora: volvería desde allí mismo á vivir con él; entraria de nuevo en aquella casa de ventanas pequeñas y de cielo alegre; iría entonces porque era verano; pero que no lo sintiera Luis, que no tuviera pena; á las primeras lluvias y á los primeros días en que el cielo tornara á ponerse obscuro, cerrado, huiría, volvería á alejarse de allí. A él sí le quería, pero aquel cielo, única cosa en que podían recrearse sus ojos, le asustaba...

### VI

Luis estaba contento, contaba con la Naturaleza, para que aquel invierno hubiera sol y no cielo gris. Nó, sus amores no podían morir por falta de azul en el cielo: la Naturaleza es poeta, y debía amparar al amor, que es la más bella de las poesías.

AGUSTÍN R. BONNAT



*Stebbing.*

Vengan todos los amantes  
á exponerme sus querellas:

y á ver quien será el osado  
que apele de mis sentencias.



## La consulta

Cayó en poder del golfo *Media mano* un semanario cómico festivo, y después de un examen minucioso donde leyó cien veces lo allí escrito, como si aquel grabado que miraba se empeñase en negarle *su sentido*, hizo un gesto de irónica sonrisa y se guardó el cuaderno en el bolsillo. Luego, andando al azar por varias calles, tropezó con el *Cejas*, un su amigo que en cuanto á ilustración era el *más* punto y el que aclaraba siempre sus conflictos. Al verle, el golfo le paró los *pieses*, y después de rascarse el *colodrillo*, y sacarse la *cera* de una oreja, y limpiarse las uñas con sigilo, buscó con interés el semanario y no encontró ni rastro del maldito; pero haciendo valer á su memoria que aun recordaba lo anterior leído, de esta manera *se salió* en preguntas esperando el gran fallo de su amigo: — Oye *Cejas*, tú sabes qué son musas? porque, es que yo con atención he visto un *papel* con dos monos *entremedias*, con el pelo *mu* largo y bien *vestíos*, que decían ó musas ó parnasos, y es que eligen *pa* mí los dos lo mismo. Como yo no sé *Cejas* lo que es eso *pa* que tú me lo digas te lo esplico, por que tú sabes más que *tós* nosotros, (aunque digan que no, los muy *indiznos* del *Envidia*, el *Boceras* y el *Chismoso*) de las letras bellezas de lo escrito. — ¿De modo que me *tién* por *ignorante* mientras presumen de que son amigos? Pues *pa* que veas como yo lo entiendo y que entre ellos á ti yo te distingo, te diré qué son musas, y parnasos y después que lo sepas te convido. Las musas ¿sabes? *pa* que tú te enteres son mujeres que juegan.

— Ya, *entendío*.

¿Y por qué dicen musas en las letras?  
— Porque juegan al *mus*, que es el *mas disno* que se puede jugar en este mundo  
— Entonces, el parnaso será el sitio donde juegan *toas* juntas, lo sospecho.  
— Que *tié* que ser, si el sitio en donde juegan como ya verás tú, no es siempre el mismo; pero que debes de tener en cuenta que como allí juntan *ellas* sus *conquibus*, la gente de saber llama *el parnaso* *ande* está *to* el *parné*. que es un *platiyo*. Ahí tienes ya lo que saber querías desde el *hilo* esplicaio hasta el *parilo*. y los monos que has visto con las greñas son dos panolis que dejaron *limpios*  
— ¿Sabes que *tiés* razón? Eres un *nuncio*, pero mira que estás bien instruídol  
¿y luego dicen esos que no sabes?  
— Pero es porque ellos son unos *pojinos*. ¿Qué dice ese letrado?

— Tiene gracia,

Acaso no ves tú que dice *vinos*?

— Pues vamos á tomarnos uvas copas, y dejemos á un lado esos... amigos.

ANTONIO BERRUEZO



Fantasia

\*\*\*

Navegando una señora muy delicada y bonita en compañía de un filósofo muy gordo, sobrevino tan terrible borrasca, que llegó á temerse un naufragio.

— Vamos á ser pasto de los peces, dijo el filósofo.

— ¿Y á quién se comerán primero?, preguntó la señora; ¿á usted ó á mí?

— Eso va en gustos, respondió el otro. Los glotonos á mí, los golosos á usted.



## La ley de la vida

Sentados el uno frente al otro junto al balcón, mirábamos con tristeza aquel cielo nuboso, que amenazaba tormenta.

Hacia aquella tarde justamente un año que nos habíamos conocido.

Nos quisimos durante aquellos doce meses, con verdadera locura, gastando una buena parte de nuestras fuerzas en la satisfacción de los febriles deseos que el amor despertó en nuestras almas.

Fuimos muy felices, mucho. Ocultos en aquel lindo gabinete á las miradas del mundo, nos entregamos á la satisfacción de un deseo insaciable; al encanto de un amor que se nos figuraba que había de ser eterno.

Pero ¡ay! que nuestro amor, supeditado como todo á las leyes del destino, llegó á su término cuando menos lo esperábamos y anunció aquel día en que, aburridos el uno del otro, mirábamos con tristeza aquel horizonte cerrado y negro que amenazaba lluvia.

—¡Qué día más triste! — dijo ella rompiendo el silencio, y clavando en mí melancólicamente sus ojos.

—¡Muy triste! — respondí como un eco.

—Se parece á nosotros.

—Es verdad.

—¡Todo pasa!

—Esa es la ley de la vida.

—Ayer éramos los más felices del mundo.

—Y hoy los más aburridos.

—Me parece mentira haberte amado durante un año.

—Mucho ha sido, es verdad; nadie se lo creería.

—¡Cuántas tonterías hemos hecho!

—¡Qué quieres! Ellas constituyen nuestra felicidad cuando el amor los inspira y después nos avergüenza su recuerdo.

—Tú llegaste á jurar que hasta la muerte me amarías.

—No esperaba vivir tanto.

—Mentís mucho los hombres.

—La cortesía me impide decir otro tanto de las mujeres.

—Nos hacéis creer que el amor es eterno; con palabras aprendidas de antemano, nos pintáis una felicidad en que no creéis. Al principio mucho entusiasmo, mucho calor, mucho fuego y después... humo que se disipa sin dejar señales de donde fué el incendio.

—Estás elocuente.

—¿Te burlas?

—Dios me libre de ello.

—¿Qué te queda, di, de aquel amor que ayer me tenías?

—Aun no he hecho el inventario.

—Nada; bien lo veo. ¡Qué infame! — Dos lágrimas se enredaron en sus pestañas rodando después por sus rosadas mejillas como dos gotas de rocío por los pétalos de una flor.

—No seas niña y no te aflijas. Lo que nos ocurre es lógico é inevitable. Nos hemos dado demasiada prisa, y hemos llegado más pronto que otros al fin.

El amor no puede ser eterno puesto que no lo somos nosotros.

Mientras tuve fuerzas te quise como debía quererte; hoy el cansancio me exige un reposo que no puedo negarle. A tí te ocurre lo mismo...



Mico, mico!





Preparándose para el canción.

besabas sin esas aprensiones después que á mí. Y nunca has sentido remordimientos por...

—Entonces estaba loco. Cuando el hombre se enamora se vuelve estúpido. Vaya, adiós ¿eh?

—¡Adiós! ¡Parece mentira, y qué poco cuesta de pronunciar esa palabra, antes tan apasionada y triste!

—Vaya, ten seso; el romanticismo á estas alturas es ridículo. Ya vendré á verte.

—Cuando quieras .. Aunque presumo que esta despedida, si no es la última...

—Eso nó, ha agotado el amor sus gracias y sus fuerzas, pero no ha concluído todo. Abur.

—¿Te vas así?

—¡Cómol ¿si me voy así? habla claro, que te entienda.

—¿No me das un beso?...

—Pero mujer, ya sabes... Tengo que besar á mis hijos. ¡Adiós!

Y salí gravemente, sin volver la cabeza, sin experimentar ninguna sensación desagradable, ningún sentimiento compasivo, como si no acabara de romper para siempre, tenía conciencia de ello, aquel nudo antes tan apretado, y que había creído hasta entonces imposible de desatar mientras viviésemos uno de los dos.

En la calle, levanté los ojos por maquinal costumbre; ella estaba detrás de las cortinas del balcón, y me mandó un beso con los dedos. Yo me quité el sombrero ceremoniosamente...

ROGELIO MAESTRE

—No es verdad.

—No seas tonta: El deseo forma parte principal de nuestra existencia. Lo idealizamos tanto, que ya la realidad no puede satisfacerlo, y es en vano cuanto hacemos para darle vida, pues sólo logramos fatigarnos mientras el deseo siempre queda en pie. Tú crees que amas, porque hay algo que todavía no ha quedado satisfecho: tu alma, cuyo vigor resalta más, cuanto mayor es la fatiga del cuerpo.

—Eso no pasa de ser una teoría.

—Perfectamente humana.

—O perfectamente falsa.

—No quiero discutir. Son las ocho y he de volver á casa: hoy como con mis hijos.

—¡Ahora te acuerdas de ellos!

—El momento me parece el más oportuno.

—Tu dirás.

—Libre el corazón de extrañas influencias puedo por entero dedicárselo, sin emponzoñar con otro menos puro el amor que les profeso.

—Te vuelves escrupuloso.

—Comienzo á reaccionar.

—Tiempo atrás los



## Ridiculeces sublimes

Ricardo, cosa extraña, estaba enamorado de su mujer, y el enamoramiento seguía, á pesar de los ocho años de matrimonio. Concha, por su parte, veía también en Ricardo su único dueño y gozaba sujeta á la dulce esclavitud de la mujer honrada.

La maldita fortuna no les había ayudado nunca de manera decisiva, y ellos no conocieron la abundancia en nada. Pero estaban saludables y la vida transcurría para ellos feliz, porque uno y otro sabían conformarse con su suerte, sin protestar de nada ni por nada.

No ser ambicioso es la mayor riqueza que puede tener un sér; conformarse con lo que hay, sin sentir vehementes deseos de otra cosa, es la mayor felicidad. Ricardo y Concha eran ricos y felices.



Elisa Romero.

Algo había, sin embargo, que los dos, no obstante su especial modo de ser, deseaban con ansiedad. En ocho años de matrimonio no habían tenido hijos y sentían algo así como nostalgias de un placer soñado. ¿Por qué no habían de tener ellos un ángel en la casa?

Y sintiendo y pensando de esta manera marido y mujer, no se atrevían á comunicarse sus pensamientos, por temor de disgustarse mutuamente. En verdad que la cosa era peligrosilla: á ella le daba muchísima vergüenza hablar de aquello, y á él... le pasaba lo mismo. Pero cuando salían á pasear los domingos por el hermoso Parque lleno de preciosas flores y veían á los alegres rapazuelos corretear por las simétricas calles del jardín; cuando sentían crujir la arena débilmente á la presión de pies ligeros y diminutos, no sé qué estremecimiento sentían, que los dos se paraban contemplando con ojos llenos de interés los juegos infantiles, durante largo rato. Después, como movidos por un resorte, volvían la cabeza á la vez, se miraban fijamente un momento, y bajaban la vista como avergonzados de sus naturales sentimientos.

A todo se resignaba el joven matrimonio, y aquel deseo constante y moderado, era nube demasiado ligera para poder enturbiar, por mucho rato, la dicha de aquella buena gente.

Ricardo, volvió un día de la oficina, alegre como nunca. ¡Le habían aumentado el sueldo! ¡Ya tenía diez mil reales! ¡Aquello era una fortuna! Con cien duros más podían hacerse muchas cosas; ganarían un poquito en comodidades; no tendrían tantos dolores de cabeza, pensando en estirar la paga todo lo posible.

Y esto lo decía Ricardo, palmoteando, como chiquillo con zapatos nuevos, alegrándose de su buena suerte, más por Concha que por él, que hubiera querido darle los más raros gustos.

—Esta noche — continuó diciendo — hay que celebrar la buena suerte; cenaremos enseguida y nos iremos al teatro, á reír un poco.

Ella también estaba alegre. Le bastaba que Ricardo lo estuviera para estarlo. Aquella noche se divertieron mucho: la cena les parecía mejor; el teatro más bonito; las piecitas que representaban más graciosas; la música más agradable, y el chocolate que tomaron antes de retirarse, más exquisito.

Pero aquel día, estaba Ricardo de suerte y con las diversiones, no se había acabado todo para él.



Cuando estuvieron en la alcoba: en ese sagrado confesionario de los matrimonios felices, Concha, acariciando á su esposo tiernamente, le dijo:

—Hijito, te has echado mal las cuentas: tu ascenso, aunque viene muy bien, no nos hará vivir con mucho más desahogo, porque ha llegado el momento de las economías.

Y luego en voz muy baja, muy baja, que oyó Ricardo difícilmente, añadió algo que á él le pareció agradable y se lo hizo repetir una y otra vez como si no se cansara de oirlo.

La mañana les sorprendió despiertos, completamente despiertos: las grandes alegrías, como las preocupaciones grandes, hacen huir al sueño, y los dos estaban alegres, muy alegres. Después de tomar el desayuno, salió Ricardo para ir á la oficina, no sin hacerle á Concha una atrocidad de recomendaciones: habia de tener mucho cuidado al subir y bajar la escalera, no debía hacer comistrajos...

Concha quedó muy alegre, arreglando la casita con la pulcritud de todos los días; pero cuando su dicha llegó al colmo, fué cuando llegó la hora de la comida y vió entrar á Ricardo cargado con unos envoltorios de juguetes, diciendo: Esto para él.

Y ella, abrazándole con toda la efusión de su alma, contestó:

—Me alegro que te hayas anticipado... Yo pensaba en lo mismo.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



—¿A que no viene?

Ogerau.





# MISCELANEA



El domingo último tuvimos el sentimiento de acompañar al cementerio el cadáver del que en vida fué nuestro estimado amigo, el distinguido y notable dibujante, D. F. Gómez Soler.

Ha muerto víctima de rápida enfermedad.

Por hallarse, al sorprendernos la sensible desgracia, en máquina esta edición, nos limitamos á hacer público nuestro dolor, y á enviar á la familia la expresión más sincera de nuestro pésame.

En el número próximo publicaremos el retrato del malogrado artista, y los correspondientes apuntes biográficos.



## Sátiras

A la postre de un palique juguetón, hermoso, Clarín explica con ahinco por qué se detiene otra vez en la tarea de imponer penas correccionales á los que abusan de las palabras: á los que pretenden ser escritores y se erigen en maestros del arte del bien decir, cuando quizás no aprovechan sus aptitudes ni aun para... figurar como maestros de obra prima.

No necesita el ilustre crítico de tales excusas: sólo le han acusado, según mi experiencia, los gofos, los que no han sabido leerle, ó porque les faltaba tiempo que dedicar á la taberna, ó por ceguera intelectual. Los que tienen motivos para temer sus azotes, porque no puedan tolerar que saquen á relucir su desamor al estudio, los engreidos, los fátuos son los únicos que le pudieron echar en cara esa sabrosa policia de palabras, tan útil en toda ocasión...

Y más ahora en que no sé si Clarín ha visto, aunque creo que sí, que la juventud pedante, descreída sin fé en su exceptísimo, desvergonzada, ha dado en peores extremos que la juventud que él fustigaba en la edad de oro de sus paliques

\*\*\*

Sí, los jóvenes (jóvenes casi machuchos), fracasados realmente, dada su edad, son pedantes, fátuos, tontos.

Llevan su petulancia hasta el extremo de creer (y de echarlo en cara) que las composiciones de los demás artistas como no lo son ellos, poetas delicados, sólo sirven para llenar huecos en los periódicos.

No hace mucho que le ha ocurrido un caso así á un compañero mío:

¡Y si yo quisiera hablar!

Pero peor es *meneallo*, como dijo el otro; vale más no citar nombres.

Porque digan lo que quieran estos pseudo-nihilistas literarios... aún hay clases

TIRÓN.

## CHARADAS

I

Mi *prima* en el alfabeto,  
dos letra y tres musical  
y ahora lector, yo te reto  
á que aciertes mi *Total*.

II

Es un árbol mi *Total*  
y mi *dos* es musical,  
mi *tres tercera*, es festivo,  
y lector con tal motivo  
*prima tres* al carnaval.

URBANO DEL C. AVILÉS.



## Cruz

```

* *
* *
* * * * *
* * * * *
* *
* *
    
```

Substituir las estrellitas por letras de forma que, vertical y horizontalmente, resulten dos nombres de mujer.

I. TESNOP.



## Candelero numérico

- |                     |                       |
|---------------------|-----------------------|
| 2                   | — Vocal.              |
| 3                   | — Consonante.         |
| 4 5                 | — Idem.               |
| 6 7                 | — Nota musical.       |
| 7 8                 | — Voz de mando.       |
| 7 6                 | — Artículo.           |
| 1 2                 | — Consonante.         |
| 2 4 5 6 7           | — Nombre de mujer.    |
| 1 0 3               | — Animal.             |
| 0                   | — Vocal.              |
| 5 6                 | — Artículo.           |
| 2 3 0               | — Nombre de mujer.    |
| 4 7 6 9 0           | — Flor.               |
| 8 9 2               | — Conjunto de aguas.  |
| 6 7 8 0             | — Teatro de Madrid.   |
| 1 2 6               | — Mineral.            |
| 3                   | — Consonante.         |
| 4                   | — Idem.               |
| 2                   | — Vocal.              |
| 8 9 5               | — Tiempo de verbo.    |
| 1 2 8 0             | — Parte del cuerpo.   |
| 0 6 7               | — Parte de un animal. |
| 8 5                 | — Nota musical.       |
| 7                   | — Vocal.              |
| 1 2 8 3 5           | — Alimento.           |
| 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 | — Nombre de mujer.    |

MANUEL ZULEMA.



## Triángulo

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *
*
    
```

Reemplazar las estrellas por letras y léase: 1.ª, línea vertical y horizontalmente, nombre de va-



rón; 2.<sup>a</sup>, adjetivo; 3.<sup>a</sup>, parte del brazo; 4.<sup>a</sup>, nombre de varón; 5.<sup>a</sup>, animal; 6.<sup>a</sup>, verbo y 7.<sup>a</sup>, vocal.  
K. MARÁ.

Tarjeta

**Higinia de Telar**

Con el anterior nombre, formar el de un poeta celeberrimo italiano.

IGNACIO CANAS.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Camelo.

CUADRADO. — TORO  
ORAN  
RATA  
ONAN

TERCIO SILÁBICO. — TIN-TE-RO  
TE-RE-SA  
RO-SA-LIA

ACERTIJO JEROGLÍFICO. — J  
S  
T A  
P P  
B K  
E K T  
K D T  
O G T  
A C I T  
A P T C  
O B D C  
V G T  
K K O  
A T O  
D K  
P K  
B B  
T  
D

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Encantado.

Correspondencia

Cero. — De cero á cero, cero:  
si á la resta se pone un cero encima,  
resulta el verdadero  
valor que tiene su inspirada «Rima».

R. M. D. — «Yo me admiro de Atila: yo me postro atónito en mi corazón para bendecir el recuerdo de su imagen; yo le proclamo ante las generaciones pasmado insólitamente el más grande hombre de la humanidad»  
¡Camará! No se pueden decir más disparates con menos palabras ¿A que se dejaría V. cortar la mano derecha por parecerse al caballo de Atila?

T. M. Q. — «Mi prima se empeñó en que unos versos le escribiese, sólo que me puse á pensar tú eres un bolo...»  
—¡Ah, ya decía yo...

F. T. de M. — Entre el título y los ocho versos de la composición no hay otra novedad que la de su firma.

R. L. S. — ¿Qué me daran los hombres si proclamo tu belleza gentil ante la gente?»  
—¿Qué daran? Niente, niente.

El Comiquín. — Sólo sirve el triángulo.

S. O. — Yo... pues yo, con mucho gusto publicaría

su hermosísimo, su valiente, su casi grandioso soneto á Voltaire; pero ¿y si lo lee Nuñez de Arce, y sobre habérselo copiado á V., viene y me atiza un palo?

Claro que V. no tiene obligación de haber leído «Los Gritos del Combate»; pero yo tengo el buen gusto de que figuren en mi biblioteca. Un consejo: compre el tomo y vea si puede llavar al Sr. Nuñez de Arce á los tribunales: me alegraría, hombre!

Lino. — ¡Oh Lino ilustre, cuán digno eres, Lino. de ponerte la albarda de un pollino!

M. V. A. — Se daban años atrás graciosos; pero ahora se conoce que el Gobierno ha apandado toda la sal de Torrevieja.

S. P. — «Salió el sol ¡oh portentol y de repente, el sol salió, á gritos dije reverente.»

--Y diga V., compadre ¿no saldría

ese sol como sale cada día?

Y si es así ¡jumentol

no atino en qué consiste el tal portentol,  
y menos todavía

la razón de que atruene á los mortales

dando gritos al viento,

lo mismo que los dan los animales.

K. Pocete. — Perdone que le diga, que lo de usted no vale un comino.

H. P. G. — Lo propio que lo de V.

N. T. S. — Allá va el idilio

«madre si tú me oyeras...

—¿Está sorda la pobre señora?

«madre si tú me oyeras

sabrías que estoy decidido

á seguir por el camino de salvación.»

—¿Eso qué es? ¿Una protesta contra la forma poética?

L. de la M. E. — «Rueda el mundo por el espacio. inundado de azur y de topacio...»

—y seguirá rodando, cosa clara,  
hasta que tú le digas: para, para.

¿Mando la firma?—Mándesela V. si le es igual, al fiscal de esta audiencia: por menos motivos hay mucha gente en presidio, al fin y á la postre.

J. P. O. — Le dí tres puñalás cuando al minuto,  
oí una voz que me decía...»

—¡Bruto!

Lino. — Aprovecharé parte.

Sancho. — ¡Huele, y no á ambar, Sancho!

Y. G. — Se publicarán.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.

Año. . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.







# LA SAETA



20 cénts.

Núm. 464



